



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile
S.E. Cardenal José Tolentino de Mendonça
Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación

Identidad, excelencia y misión de la universidad católica contemporánea

Santiago de Chile, 23 de marzo de 2026

Actividad organizada por
la **Vicerrectoría de Asuntos
Internacionales**



Eminentísimo Cardenal Fernando Chomali,
Arzobispo de Santiago y Gran Canciller
de esta ilustre Universidad; Excelentísimo
Mons. Kurian Vayalunkal, Nuncio Apostólico
en Chile; Rector Magnífico Juan Carlos de
la Llera; distinguidas Autoridades civiles
y eclesiásticas; estimados Profesores y
Personal administrativo; muy queridos
estudiantes; amigos todos.

Con gran satisfacción me dirijo a ustedes
en este día. Antes que nada, deseo expresar
mi agradecimiento por la invitación que
recibí para venir y visitar esta importante
casa de estudios. A todos mi sincero
reconocimiento y mi profunda gratitud
por la labor que llevan a cabo, con pasión
y esmero, en el campo de la educación.
Gracias también por su trabajo científico,
cultural y eclesial. Que las palabras que les
dirigiré a continuación sirvan de estímulo
y aliento para seguir adelante en el camino
de la excelencia.

Contenido

Introducción — 5

1. Identidad católica: el sello diferenciador — 5

2. Misión de la universidad: excelencia y servicio — 6

3. El diálogo, herramienta insustituible — 7

4. Innovación en la educación. La inteligencia artificial — 8

5. Apertura del corazón — 9

Conclusión — 10

**Identidad, excelencia y
misión** de la universidad
católica contemporánea

Introducción

Hace poco tiempo esta comunidad universitaria aprobó el Plan Estratégico que la guiará durante los próximos cinco años. Esta aprobación culmina un proceso que es admirable tanto por su rigurosidad técnica como, sobre todo, por su alcance comunitario. He sabido que más de tres mil quinientas personas participaron activamente en la construcción de este camino que marcó, además, el comienzo de un nuevo rectorado. Cuando uno observa procesos de planificación estratégica en universidades de todo el mundo, pocas veces se encuentran ejemplos de participación tan amplia y genuina. Ustedes no sólo consultaron, sino que, con un sentido comunitario profundo, escucharon, dialogaron, buscaron consensos y construyeron una convicción compartida. Esta es la sinodalidad puesta en práctica. Esa sinodalidad tan querida por el Papa Francisco y ahora reafirmada y profundizada por el Papa León. Felicitaciones, pues, por este hito.

1. Identidad católica: el sello diferenciador

Me resulta particularmente importante que su Plan Estratégico defina explícitamente la identidad católica como el sello diferenciador que debe permear la formación, la creación, el descubrimiento, la reflexión y el servicio. Y es que, en tiempos en que muchas instituciones católicas combaten por articular su identidad, sin diluirla ni imponerla, ustedes han encontrado un camino que refleja la convicción compartida a la que me he referido anteriormente, y que puede resumirse de la siguiente manera: la identidad católica no puede ser un elemento más entre otros; debe ser, en cambio, la opción fundamental, el corazón que anima a todo el cuerpo universitario. Esto es algo que merece la pena ser celebrado y, más aún, profundizado, sobre todo en una institución que se ha consagrado al Sagrado Corazón de Jesús.

Nuestras universidades católicas están llamadas a reflexionar con seriedad sobre la propia identidad. Ella es un aspecto del cual no pueden prescindir, ni ahora ni nunca. Sin ella, la universidad católica se alejaría de su vocación y de su visión integral, que parte del mandato de Jesús, el Maestro, y se convertiría en una agencia de títulos profesionales. Quizás con excelencia, sí. Pero, finalmente, una institución como otras tantas. Por ello, con diáfana claridad y precisión admirable, el Papa León afirma: “La identidad cristiana no es un sello decorativo o un adorno, sino el núcleo mismo que da sentido, método y propósito al proceso educativo”¹. Y es que hoy existen tentaciones que rodean a nuestras instituciones, las cuales, si no estamos alertas, correremos el riesgo de consentirlas sin darnos cuenta. Tentaciones tales como el estancamiento y la autopreservación, el aislamiento cómodo ante la realidad, el utilitarismo y el modelo burocrático, la sustitución de la escucha atenta por la aceleración típica de la tecnología, etc. Por consiguiente, necesitamos redescubrir y tener siempre presente nuestra identidad, arriesgar «averiguar lo divino», según la bella imagen de Cecilia Vicuña, abriendo aún más los ojos a las preguntas de sentido, sobre todo ahora, ante este mundo tan cambiante, unívoco e inestable.

1 León XIV, *Mensaje con ocasión del Encuentro “Sin identidad no hay educación”*, Colegio Nuestra Señora del Buen Consejo, Madrid, 24 de noviembre de 2025.

En este sentido y para este propósito, la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae* continúa siendo para nosotros un punto de referencia, una lámpara que nos ilumina. Ella nos recuerda que una universidad católica es una comunidad académica que se distingue: 1) por una inspiración cristiana por parte no sólo de cada miembro, sino también de la Comunidad universitaria como tal; 2) por una reflexión continua a la luz de la fe católica, sobre el creciente tesoro del saber humano, al que trata de ofrecer una contribución con las propias investigaciones; 3) por la fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia; y 4) por el esfuerzo institucional a servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida².

Y es esta última característica que nos recuerda la *Ex Corde Ecclesiae* sobre «el esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana» la que me lleva, ahora, a reconocer otro gran acierto al interior del proceso que han emprendido.

2. Misión de la universidad: excelencia y servicio

Es motivo de mucha alegría que hayan colocado en el centro del Plan Estratégico el proyecto educativo. Con esta decisión reconocen, en primer lugar, que vivimos transformaciones profundas que nos exigen repensar el cómo formamos a las personas. Y, en segundo lugar, revela la comprensión madura que han alcanzado de que la universidad católica debe ofrecer no solo contenidos actualizados cuanto una experiencia formativa global capaz de convocar, entusiasmar –en el sentido más profundo de la palabra– y entregar personas que contribuyan al bien común.

La educación no se limita a la transmisión de conocimientos, sino que encuentra su plenitud en el acto de servir. Educar significa, de hecho, introducir a la responsabilidad, a la gratuidad, al cuidado del futuro común. Su tarea principal es formar personas íntegras con sentido crítico, mentes pensantes y corazones creyentes, palpitantes, con compromiso social, capaces de combinar conocimiento y compasión, competencia y solidaridad, y todo ello con excelencia y profesionalidad.

Vivimos en un mundo atravesado por tensiones y polarizaciones que minan la confianza y fragilizan el tejido de las relaciones humanas. En este contexto, la educación se manifiesta como un acto de valentía y esperanza, donde servir no es un apéndice del proceso educativo, sino su corazón palpitante. Es en el gesto del servicio donde el conocimiento se convierte en sabiduría, la teoría se traduce en vida y la universidad se transforma en una verdadera comunidad de aprendizaje y solidaridad. Como nos enseña el Papa León en la Carta Apostólica “Diseñar nuevos mapas de esperanza”: «La educación no mide su valor solo en función de la eficiencia: lo mide en función de la dignidad, la justicia y la capacidad de servir al bien común. Esta visión antropológica integral debe seguir siendo el eje central de la pedagogía católica»³.

Esta comprensión integral de la formación que no separa la investigación científica de la formación ciudadana, que no aleja la excelencia académica de la práctica cristiana, y que no contrapone el conocimiento humano al sentido trascendente, eso es exactamente lo que les invito a cultivar. Pues, como afirmaba el Papa San Juan Pablo II: «Solo así el conocimiento, unido a la conciencia, servirá a la causa del hombre. Los hombres de ciencia ayudarán verda-

2 Cf. Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, 15 de agosto de 1990, n. 13.

3 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 4.2.

deramente a la humanidad solo si conservan “el sentido de la trascendencia del hombre sobre el mundo y de Dios sobre el hombre”»⁴.

Algo más que quisiera destacar de este proceso que han implementado es: la valentía institucional de anticiparse a los riesgos del *statu quo*. Ustedes han identificado con lucidez las amenazas que enfrentan y que, ciertamente, constituyen desafíos comunes a muchas universidades: posibles restricciones a la autonomía universitaria mediante los mecanismos de financiamiento, la obsolescencia de los modelos académicos tradicionales, la disrupción de las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial, así como el envejecimiento poblacional y el sufrimiento de una de las reducciones de natalidad más drásticas del mundo. No han cerrado los ojos ante la realidad y la incertidumbre que ella genera. Han elegido, más bien, asumirla como punto de partida para la creatividad institucional. Esto es algo que va reconocido, pues se trata no solo de prudencia estratégica, sino que también, y sobre todo, es fidelidad evangélica, ya que como nos recuerda el Papa León, las comunidades que se dejan guiar por Cristo «no se retiran, sino que se relanzan; no levantan muros, sino que construyen puentes. Reaccionan con creatividad, abriendo nuevas posibilidades para la transmisión del conocimiento y del sentido»⁵.

3. El diálogo, herramienta insustituible

En este sentido, a propósito de esta indicación que el Santo Padre hace de «no levantar muros, sino construir puentes, abriendo nuevas posibilidades», no puedo dejar de mencionar la importante participación estudiantil en la construcción de su nuevo proyecto educativo. Que los alumnos hayan formado parte estructural del proceso estratégico habla de una universidad que ha comprendido algo esencial: la comunidad universitaria no se construye con jerarquías aisladas, sino con responsabilidades compartidas en la búsqueda de la verdad. Y esto nunca será posible si falta el diálogo. El diálogo forma parte de la dimensión constitutiva de la comunidad educativa. Necesitamos siempre escuchar la voz de los jóvenes y darles protagonismo. Además, me ha consolado mucho leer en una entrevista al filósofo Gastón Soublette que las nuevas generaciones en el Chile tienen «un sentido más desarrollado de la justicia y la dignidad humana, una conciencia más clara de la igualdad esencial de todos los seres humanos, una tendencia persistente a conocer y promover los fundamentos culturales de la identidad nacional, y una autenticidad mayor para aparecer ante los demás, sin simulaciones».

Las instituciones educativas católicas, por su naturaleza eclesial, están llamadas a compartir el diálogo como un elemento constitutivo de su identidad. En otras palabras, estamos invitados a practicar la gramática del diálogo no como un expediente tecnicista, sino como modalidad profunda de relación y principio fundante de construcción. Reconociéndose como comunidades educativas, han de permitir que la persona se exprese y crezca humanamente en un proceso de relación dialógica, interactuando de manera constructiva, ejercitando la tolerancia, comprendiendo los diferentes puntos de vista, creando confianza en un ambiente de auténtica armonía.

4 Juan Pablo II, *Discurso ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura – UNESCO*, n. 22; Cfr. *Redemptor hominis*, n. 16; Cfr. *Discurso alla Pontificia Accademia delle Scienze*, 1979, n. 4.

5 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 1.1.

Que la universidad católica sea, por tanto, un espacio en donde cada uno encuentre condiciones favorables para desarrollar su singularidad, convirtiéndose en protagonista de su propia vocación y misión, pero también que constituya un extraordinario y polifónico entrelazamiento de diálogos que, en unidad, conduzca no solo a la conquista de la verdad humana, sino al conocimiento de la Verdad plena (cf. Jn 16,13). No sólo de las cuestiones penúltimas, sino asumiendo la tarea y el coraje de afrontar las cuestiones últimas. En efecto, «la universidad y la escuela católica –señala el Papa León– son lugares donde las preguntas no se silencian y la duda no se prohíbe, sino que se acompaña. Allí, el corazón dialoga con el corazón, y el método es el de la escucha que reconoce al otro como un bien, no como una amenaza»⁶.

Este carácter dialógico distintivo de la universidad no se revela así sólo en la definición de su propio método o en el acto de llevar a cabo su misión, sino que es algo intrínseco a su ser y su origen. En efecto, la *universitas* –lo recuerda el *incipit* de la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*– nació de la corporación de profesores y de sus alumnos «libremente unidos en el mismo amor al conocimiento». «En este mundo todas cosas hablan de amor», escribió en “Del amor de Chile” el poeta Raúl Zurita. Y así mismo lo reafirma el Papa León cuando señala que «la educación cristiana es una obra coral: nadie educa solo. La comunidad educativa es un “nosotros” en el que el docente, el estudiante, la familia, el personal administrativo y de servicio, los pastores y la sociedad civil convergen para generar vida»⁷. Pues «la verdad se busca en comunidad»⁸.

4. Innovación en la educación. La inteligencia artificial

En esta búsqueda de la verdad, ante la vertiginosidad con la que el mundo actual está cambiando, el Papa León ha hecho un llamado muy puntual a todas las comunidades educativas: «La historia nos interpela con nueva urgencia [...] No basta con conservar: es necesario relanzar. Pido a todas las realidades educativas que inauguren una etapa que hable al corazón de las nuevas generaciones»⁹.

«Educar es una tarea de amor que se transmite de generación en generación»¹⁰, pero a la vez, «educar es un acto de esperanza y una pasión que se renueva porque manifiesta la promesa que vemos en el futuro de la humanidad»¹¹. Tradición e innovación es, pues, un binomio que hoy, en todas nuestras universidades, escuelas y centros educativos, tenemos que saber conjugar con gran premura y diligencia. Por una parte, la tradición constituye la base sólida para el futuro. Ofrece la estabilidad y la continuidad que hace posible el cambio y la transformación, y da un sentido de identidad en medio de la rápida aceleración y la fluidez de la mutación. La innovación, por su parte, en el proceso de introducir nuevas ideas, nuevos métodos, procesos o tecnologías, ayuda a mejorar las prácticas existentes. Su importancia radica en que, sin ella, la tradición corre el riesgo de no lograr comunicar con el «corazón de las nuevas generaciones», como lo pide el Santo Padre, y como vemos que lo requiere el mundo actual.

6 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 3.1.

7 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 3.1.

8 *Ibid*, n. 3.2.

9 *Ibid*, n. 10.2.

10 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 3.2.

11 Cf. Congregación para la Educación Católica, *Instrumentum laboris. Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva* (7 de abril de 2014), Introducción.

Ante este gran desafío, uno de los recursos con el que hoy contamos –y que no podemos ni debemos ignorar– es todo lo que se refiere al mundo digital, las nuevas tecnologías y la inteligencia artificial. Su presencia y su impacto en la vida del hombre es tal, que podemos afirmar que “forman parte ya de nuestra vida”. Ante esta realidad, nuestras universidades, nuestras escuelas y centros educativos no deben temer a la tecnología. Debemos comprenderla, aprovecharla, pero, sobre todo, humanizarla. La inteligencia artificial podrá escribir respuestas y ofrecer soluciones, pero solo nosotros podemos y debemos darles sentido. Por eso, tenemos que tener claro el objetivo y, ciertamente, nuestra actitud hacia la tecnología nunca puede ser hostil o de rechazo, porque «el progreso tecnológico forma parte del plan de Dios para la creación»¹².

De esto se deriva, entonces, el hecho de que el mismo Papa León, con sensibilidad contemporánea, haya querido incluir como una de las prioridades dentro del Pacto Educativo Global propuesto por el Papa Francisco el mundo de lo digital en relación con lo humano. Cito al Papa León: «A las siete vías agrego tres prioridades. [...] La segunda se refiere a lo digital humano: formemos en el uso sabio de las tecnologías y la I.A., colocando a la persona antes que el algoritmo y armonizando las inteligencias técnica, emocional, social, espiritual y ecológica»¹³. Pues «las tecnologías –continúa afirmando el Santo Padre– deben servir a la persona, no sustituirla; deben enriquecer el proceso de aprendizaje, no empobrecer las relaciones y las comunidades»¹⁴. Ya que «solo adoptando un enfoque educativo, ético y responsable podremos garantizar que la inteligencia artificial sea un aliado, y no una amenaza»¹⁵. Pues, en definitiva, «el punto clave no es la tecnología, sino el uso que hacemos de ella»¹⁶.

5. Apertura del corazón

Queridos amigos, acercándome a la conclusión de mi intervención, quisiera compartir con ustedes una última reflexión y, a partir de ella, hacerles una invitación final. El camino que ustedes han trazado adquiere una relevancia particular en el momento que vive el país. Sin pretender conocer en profundidad todas las complejidades de la realidad chilena, quizá no sea aventurado sugerir que las universidades católicas pueden y, en realidad, deben desempeñar un papel incisivo como espacios de encuentro, diálogo y búsqueda compartida del bien común, en medio de legítimas diferencias. Es desde esta posibilidad que la Carta Apostólica del Papa León sobre la educación reviste especial importancia y pertinencia, cuando habla de «constelaciones educativas católicas»¹⁷ como motivo de esperanza. Por ello, a partir de estos momentos en que la Universidad Católica de Chile se re-piensa a sí misma, a partir de esta capacidad de soñar en comunidad y desde este compromiso con la identidad católica como sello diferenciador, quisiera pedirles lo siguiente: ¡Abramos todos el corazón! Esa es mi última invitación. Volvamos al criterio fundante, la razón de ser de la educación, esto es: poner en el centro de la universidad católica a las personas.

12 Dicasterio para la Doctrina de la Fe y Dicasterio para la Cultura y la Educación, Nota *Antiqua et nova* (28 de enero de 2025), n. 117.

13 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 10.3.

14 *Ibid*, n. 9.1.

15 León XIV, *Discurso a los participantes en la Conferencia “La dignidad de los niños y adolescentes en la era de la inteligencia artificial”*, Sala Clementina, 13 de noviembre de 2025.

16 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 9.3.

17 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 11.1.

Ciertamente la respuesta no será sencilla y requerirá que, desde los distintos saberes y en comunidad, se reflexione atentamente sobre las diversas y nuevas formas de pobreza y de exclusión que aquejan nuestras sociedades. Pero una cosa es cierta: «la gratuidad evangélica –continúa afirmando el Santo Padre– no es retórica: es un estilo de relación, un método y un objetivo. [...] la Iglesia debe abrir puertas e inventar caminos»¹⁸.

Conclusión

Amigos todos, la Pontificia Universidad Católica de Chile, con sus más de ciento treinta años de historia y con toda su riqueza cultural e intelectual, se encuentra, sin lugar a dudas, en condiciones únicas para responder a los desafíos que enfrentan la Iglesia y la sociedad chilenas. Haber reflexionado con seriedad sobre el futuro de la institución, culminando con la aprobación de un nuevo Plan Estratégico, y luchar con tenacidad por hacerlo realidad día a día, restituyendo personas con una formación verdaderamente integral, es decir, «espiritual, intelectual, afectiva, social y corporal»¹⁹ es, en este momento, el aporte más decisivo que ustedes pueden ofrecer, pues no olvidemos las palabras del Papa León quien, al hablar de la educación cristiana, nos dice: «La educación cristiana forma no sólo profesionales, sino personas abiertas al bien, a la belleza y a la verdad. Por eso, la escuela católica, cuando es fiel a su nombre, se convierte en un espacio de inclusión, formación integral y promoción humana. Así, conjugando fe y cultura, se siembra futuro, se honra la imagen de Dios y se construye una sociedad mejor»²⁰.

Por todo lo anterior, ¡enhorabuena a todos! Que el Sagrado Corazón de Jesús, patrono de la Universidad, continúe forjando su identidad, conduciéndola por la vía de la excelencia y sosteniéndola en su misión. Y si, por la fatiga del camino o los errores, la duda o el desistimiento tocan la puerta del corazón, hagamos propias las palabras de la gran poetisa y educadora Gabriela Mistral y, con humildad, digamos: «Dame, Señor, la perseverancia de las olas del mar, que hacen de cada retroceso un punto de partida para un nuevo avance».

¡Muchas gracias!

18 Cf. *Ibid.*

19 León XIV, Carta Apostólica *Diseñar nuevos mapas de esperanza*, 27 de octubre de 2025, n. 4.2.

20 León XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te*, 4 de octubre de 2025, n. 72.



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE

Santiago de Chile, marzo de 2026.

Visita a la Pontificia Universidad Católica de Chile
S.E. Cardenal José Tolentino de Mendonça
Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación



PONTIFICIA
UNIVERSIDAD
CATÓLICA
DE CHILE